



BIBLIOTECA

pa2205

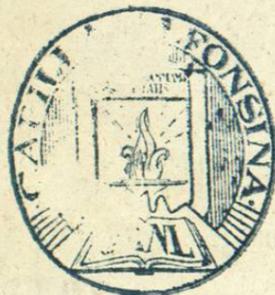
0318

1852

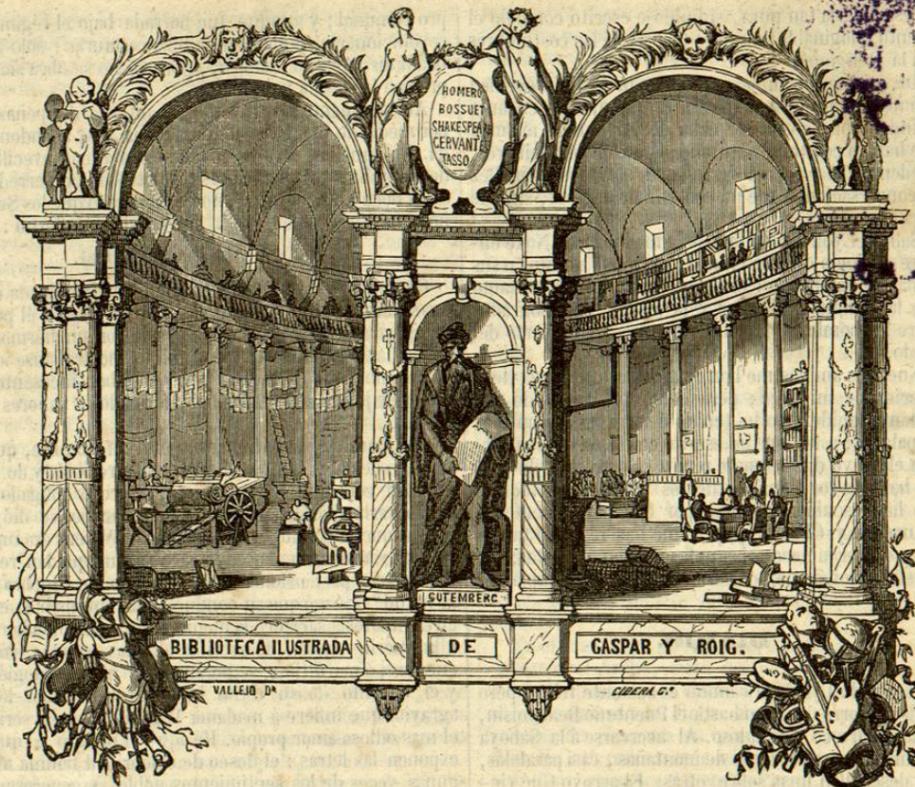
u.2

VIAJES A ITALIA Y AMÉRICA

POR EL VICOMTE DE CHATEAUBRIAND



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



VIAJES A ITALIA Y AMÉRICA.

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

A MR. JOUBERT.

PRIMERA CARTA.

Turin, 17 de junio de 1805.

Mi querido amigo : no me ha sido posible escribirte desde Lyon, como te habia prometido. Ya sabes cuanto amo esta hermosa ciudad, en que tan bien recibido fuí el año anterior, habiéndolo sido aun mejor en el actual; he vuelto á ver sus antiguas murallas romanas, defendidas por los valientes lioneses de nuestros dias, cuando las bombas de los convencionales obligaban á nuestro amigo Fontanes á trasladar á otra parte la cuna de su hija, y he visitado de nuevo la abadía de los *Dos Amantes* y la fuente de J. J. Rousseau. Las colinas que rodean el Saone se muestran risueñas y pintorescas cual nunca, y las barcas que atraviesan este manso rio, *mitis Arar*, sombreadas por una vela, alumbradas con un farol durante la noche, y dirigidas por mujeres, ofrecen un agradable espectáculo. Supuesto que te gustan las campanas, ven á Lyon, pues todos estos conventos esparcidos por las colinas, han vuelto á ser poblados por sus solitarios.

No ignoras que la academia de Lyon me ha dispensado el honor de admitirme en su seno. Te lo confieso francamente : si el espíritu maligno tiene alguna parte en las cosas humanas, no busques en mi orgullo sino la parte buena, aunque tú te obstinas en ver el infierno por el buen lado. El placer mas vivo que en mi vida he experimentado, es haber sido honrado en Francia y en el extranjero con muestras de inesperado interés, pues mas de una vez me ha ocurrido, mientras descansaba en una miserable posada de aldea, ver entrar á un padre y á una madre con su hijo, que me presentaban para darme gracias. ¿Era el amor propio el que me inspiraba ese placer tan intenso de que hablo? Mas, ¿en qué podía interesarse mi vanidad porque unas gentes oscuras, aunque honradas, me manifestasen su gratitud en un camino real, donde nadie era testigo de ella? Lo que me complacia era (á lo menos me atrevo á creerlo así), haber practicado algun bien, haber consolado algunos corazones afligidos, y hecho renacer en el pecho de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano, lo que equivale á un hijo sumiso, respetuoso y amante de sus padres. Ignoro lo que vale mi obra (1) : pero ¿hubiera disfrutado

(1) El *Genio del Cristianismo*.

de esa alegría tan pura, si hubiese escrito con todo el talento imaginable, un libro ofensivo á las costumbres y á la Religion?

Dí, querido amigo, á nuestra mezquina sociedad cuánto te ploro la falta de esa Religion, cuyo encanto es indefinible, porque se echa de ver que los mismos que hablan con tanta naturalidad de asuntos familiares, pueden razonar acerca de los mas elevados; sencillez de conversaciones que no procede de escasez, sino de elección.

Salí de Lyon á las cinco de la madrugada. No te envidiaré el elogio de esta ciudad, pues está escrito en sus ruinas, y en ellas lo leerá la posteridad; que en tanto que la Religion, el valor y la lealtad sean honrados entre los hombres, Lyon permanecerá á cubierto del olvido.

Nuestros amigos me han exigido les escriba la descripción de mi viaje; pero como he caminado con bastante rapidez, no he tenido tiempo para cumplirles mi palabra; así es que he escrito con lápiz en una cartera el breve diario que te remito. En el libro de postas hallarás los nombres de los países desconocidos que he descubierto, como por ejemplo, Puente de Beauvoisin y Chambéry; pero me has repetido tantas veces que eran necesarias notas, y siempre notas, que nuestros amigos no podrán quejarse si te complazco.

DIARIO.

Al salir de Lyon, el camino es bastante triste; pero desde la Torre del Pino hasta el Puente de Beauvoisin, el país es fresco y frondoso. Al acercarse á la Saboya descúbrense tres órdenes de montañas, casi paralelas, que descuellan unas sobre otras. El arroyo Gué riega la llanura situada al pié de estas montañas, y aun que vista desde lejos parece plana; al entrar en ella se advierte que está entrecortada por desiguales colinas; crecen allí algunas bayas, el trigo y la vid. Las montañas que forman el fondo del paisaje, son verdosas y aparecen cubiertas de musgos, ó bien terminan en enormes peñascos que afectan la forma de gigantescas cristalizaciones. El Gué serpentea por un cauce tan profundo, que puede considerarse como un valle, porque los bordes interiores están cubiertos de espesos arbolados; solo en algunos rios de América, y especialmente en el Niágara, habia visto esta circunstancia.

En cierto lugar se pasa á muy corta distancia del Gué, cuya opuesta margen está formada de piedras semejantes á unas altas murallas romanas, de arquitectura semejante á la del circo de Nimes. (1)

Cuando se llega á las Escalas, se advierte que el país se muestra mas agreste, siendo preciso seguir para hallar una salida, tortuosos desfiladeros abiertos en unos peñascos mas ó menos horizontales, inclinados ó perpendiculares, y sobre cuyas cimas vagan unas nubes incoloras, parecidas á las nieblas matutinas que se desprenden de las tierras bajas. Aquellas nubes se levantan ó descienden al pié de las moles de granito, de manera que dejan al descubierto las crestas de los montes, ó llenan el espacio comprendido entre ellos y el cielo. El conjunto formaba un cuadro cuyos vagos límites parecían no pertenecer á ningun determinado elemento.

La mas enhiesta cumbre de las montañas á que me refiero, está ocupada por la Gran-Cartuja, y á su pié se halla el camino de Manuel; la Religion ha colocado sus beneficios cerca de aquel que mora en los cielos, pero el príncipe colocó los suyos en la morada de los hombres.

Leíase en otro tiempo una inscripción que anunciaba que Manuel habia hecho taladrar la montaña, en

(1) Cuando esto escribía, no habia visto aun el Coliseo.

pro comunal; y aunque fue borrada bajo el régimen revolucionario, Bonaparte la hizo restaurar: solo falta añadir á ella su nombre; ¿por qué no se obra siempre con la misma nobleza?

Antiguamente se atravesaba el interior del peñasco por medio de una galería subterránea, hoy abandonada. En aquellos parajes vi tan solo algunas avecillas de montaña, que silenciosas revoloteaban en derredor de la boca de la caverna, no de otro modo que los Sueños que Virgilio coloca á la entrada de su infierno:

.... Foliisque sub omnibus hærent.

Chambéry está situado en una planicie rodeada de unas colinas bastante desnudas, pero se llega á él por un agradable desfiladero, y se sale por un hermoso valle. Las montañas que lo limitan mostrábanse en parte cubiertas de nieve, y se ocultaban incesantemente bajo un cielo movedizo, formado de vapores y nubes.

En Chambéry acogió una mujer á un hombre, que en pago de la hospitalidad que de ella recibió, y de la amistad con que le favoreciera, se creyó obligado á deshonrarla filosóficamente. O Juan Jacobo se dió á pensar que la conducta de madama Warens era una cosa extraordinaria, en cuyo caso ¿á qué quedan reducidas las pretensiones del ciudadano de Ginebra á la virtud? ó juzgó que su conducta era reprensible, en cuya hipótesis sacrificó la memoria de su bienhechora á la pueril vanidad de escribir algunas páginas elocuentes; ó por último, se persuadió de que sus elogios y el encanto de su estilo bastaban á subsanar los agravios que infiere á madama Warens, lo cual seria el mas odioso amor propio. Hé aquí el peligro á que exponen las letras: el deseo de celebridad triunfa algunas veces de los sentimientos nobles y generosos. Si Rousseau no hubiese adquirido una reputación literaria, hubiera sepultado en los valles de la Saboya las debilidades de la mujer que proveyó á su manutención, y sacrificándose hasta á sus mismos defectos, hubiera consolado en su vejez, en vez de contentarse con darla una tabaquera de oro y abandonarla. Ahora, que todo ha terminado para Rousseau, ¿qué le importa que su polvo sea ignorado ó famoso? ¡Ah! ¡Nunca se levante contra nuestro sepulcro la voz de la amistad defraudada!

Los recuerdos históricos contribuyen no poco al placer ó al tedio del viajero. Los príncipes de la casa de Saboya, aventureros y caballerescos, enlazan bien su memoria con las montañas que cubren sus reducidos dominios.

Después de pasar por Chambéry, el curso del Isere es digno de atención en el puente de Montmelian. Los saboyanos son ágiles, bastante bien formados, de compleción débil y de agradable fisonomía, participando á la vez de los tipos francés é italiano; su aspecto es pobre pero sin indigencia, como sus valles. Es muy comun hallar cruces en los caminos de la Saboya, é imágenes de la Virgen en los troncos de los pinos y nogales: indicio del carácter religioso de aquellos naturales, cuyas pequeñas iglesias rodeadas de árboles seculares, forman un hermoso contraste con sus gigantescas montañas. Cuando los torbellinos del invierno se desatan en las cumbres cubiertas de nieves eternas, el saboyano acude á colocarse al abrigo de su templo campestre, y á implorar la misericordia del Arbitro de los elementos.

Los valles en que se entra después de pasar el puente de Montmelian, están rodeados de montañas de muy diferente aspecto, pues ya se muestran casi desnudas, ya cubiertos de bosques, y su fondo es bastante parecido á Marly, en cuanto al cultivo y las sinuosidades del terreno, aunque este es mas abundante en agua y tiene además la ventaja de ser regado por un rio. El camino se asemeja mas á una alameda de jardín que á una carretera; y los nogales que le prestan sombra

han traído á mi memoria los que tanto admirábamos en nuestros paseos de Savigny. Estos árboles nos reunirán de nuevo bajo su sombra. (1) El poeta exclamó en un momento de melancolía:

Beaux arbres qui m'avez vu naître,
Bientôt vous me verrez mourir!

¿Los que mueren á la sombra de los árboles que les han visto nacer, son acaso dignos de compasión?

Los valles de que hablo terminan en la aldea que ostenta el grato nombre de Agua-Bella. Cuando la atravesé, la altura que la domina estaba coronada de nieve, que al derretirse á los rayos del sol, bajaba en tortuosos arroyuelos por las negras y verdes concavidades de los peñascos, remediando multitud de blancas serpientes que se lanzasen al valle desde las vecinas cumbres.

Es tal la topografía de Agua-Bella, que parece cerrar los Alpes; pero rodeando á escasa distancia un enorme peñasco aislado, derrumbado sobre el camino, descúbrense nuevos valles que se pierden en la cadena de montes que siguen la corriente del Arche; el aspecto de estos valles es mas imponente, y por decirlo así, mas salvaje.

Los montes de entrambos lados se levantan, sus laderas se muestran perpendiculares, y sus estériles cimas empiezan á presentar algunos ventisqueros, en tanto que los torrentes que por donde quiera se despeñan, van á engrosar la turbulenta corriente del Arche. En medio del tumulto de las aguas, advertí una ligera y silenciosa cascada que se precipita con suma gracia sobre una cortina de sauces, que levemente agitada por el viento, hubiera podido representar á los poetas la ondulosa túnica de una náyade, sentada en un erguido peñasco. Los antiguos no hubieran dejado de consagrar allí un altar á las Ninfas.

Poco después, el paisaje despliega toda su grandeza: los bosques de pinos, hasta entonces jóvenes, se muestran decrepitos; el camino, erizado de fragosidades, se plega y replega sobre los abismos; los puentes de madera sirven para atravesar anchos precipicios, donde se ve serpentear ó se escucha mugir las cenagosas aguas.

Habiendo pasado San Juan de Maurienne, y entrando al ponerse el sol en San Andrés, no encontré caballos, lo que me obligó á detenerme; esta circunstancia me movió á ir á dar un paseo por aquellas inmediaciones. La atmósfera era transparente en las crestas de los montes, cuyos dentellados contornos se destacaban con extraordinaria pureza sobre el cielo, mientras una inmensa nube subiendo lentamente del pié de la cordillera, se elevaba hácia sus cumbres.

La voz melodiosa del ruiseñor y el agudo grito del águila llegaban á mis oídos; veía los almezos cubiertos de flores en el valle, y la nieve en la montaña, al paso que un castillo, obra de los cartagineses, según la popular tradición, dejaba ver sus ruinas en la escarpada punta de una roca. Todo lo que procede del hombre en aquellos lugares, es mezquino é inseguro: apriscos de ovejas, formados de juncos entrelazados, y casas de tierra construidas en dos dias; parece que el cabrero saboyano, asombrado al aspecto de las moles eternas que le rodean, cree no debe molestarse en satisfacer las pasajeras necesidades de su breve existencia; parece que la derribada Torre de Anibal le enseña sin cesar la escasa duración y la fragilidad de los monumentos con que el orgullo humano intenta señalar su paso sobre la tierra!

Al tender mi vista por aquellos desiertos, no podia dejar de admirar con asombro el rencor de un hombre mas poderoso que todos los obstáculos; de un hombre que desde el Estrecho Gaditano se trazó un fácil camino á través de los Pirineos y los Alpes, para precipi-

(1) ¡No nos reunieron!

tarse sobre Roma. Muy poco importa que las antiguas historias no nos indiquen con exactitud los lugares por donde pasó Anibal, pues es indudable que este gran capitán atravesó estos montes, entonces sin caminos, y mas salvajes aun por sus habitantes, que por sus torrentes, sus peñascos y sus bosques. Dicese que en Roma se comprende mejor ese odio terrible que no lograron aplacar las batallas del Trebia, de Trasimeno y de Cannas; me han asegurado que en los baños de Caracalla, las paredes están acribilladas á golpes de pica, hasta la altura de un hombre. ¿Fue el germano, el gallo, el cántabro, el godó, el vándalo ó el lombardo, quien así se encarnizó contra aquellas paredes? La venganza de la especie humana debia pesar sobre aquel pueblo libre, que no podia cimentar su grandeza sino sobre la esclavitud y la destrucción del resto del mundo.

Al amanecer salí de San Andrés, y llegué á las dos de la tarde á Lans le Bourg, situado al pié del monte Cenis; al entrar en este pueblo vi á un campesino que tenia asido por las patas á un aguilucho, mientras una caterva desapiadada maltrataba al joven rey, insultando la tierna edad y la magestad caída; el padre y la madre del noble huérfano habian recibido muerte. Me propusieron vendérmelo, pero murió á consecuencia de los malos tratamientos de que habia sido víctima, antes que me hubiese sido posible restituírle la libertad.

En el lugar citado se empieza á subir el Cenis, abandonando el Arche, cuya corriente conduce hasta el pié de la montaña; al opuesto lado del Cenis, el Doria abre la entrada de Italia. Muchas veces he tenido ocasion de observar en mis viajes la utilidad de los rios. No son únicamente unos grandes caminos que marchan, como los denomina Pascal, sino que trazan además la ruta á los hombres, y les facilitan el paso de las montañas. Siguiendo su curso, se hallaron entre sí las naciones, y los primeros habitantes de la tierra penetraron en sus mas recónditas soledades. Así es que los griegos y los romanos ofrecían sacrificios á los rios, y la Fábula los suponía hijos de Neptuno, porque lo son en efecto de los vapores del Océano, y guían al descubrimiento de lagos y mares; hijos viajeros, que al fin vuelven al seno y al sepulcro de su padre.

El monte Cenis nada tiene de particular por la parte de Francia; el lago que ocupa su meseta, solo me pareció un mezquino estanque, y me vi tristemente desencantado al empezar á bajar hácia el Novalesado, pues esperaba, no sé por qué, descubrir las feraces llanuras de Italia; pero solo ví un negro y profundo abismo, y un caos de torrentes y precipicios.

En general, los Alpes, si bien mas altos que las montañas de la América Septentrional, no han presentado á mi vista ese carácter original, esa virginidad que se advierte en los Apalaches y aun en las tierras altas del Canadá: la barraca de un siminol debajo de un magñolia, ó la de un chipowés debajo de un pino, presentan un aspecto mucho mas grave que la cabaña de un saboyano á la sombra de un nogal.

A MR. JOUBERT.

SEGUNDA CARTA.

Milan, 21 de junio de 1805;

Mi querido amigo: voy á continuar mi carta, aunque ignoro cuando podré concluir.

Debo á la Italia una completa reparación. Habrás visto en mi breve diario fechado en Turin, que habia quedado poco complacido al primer aspecto de este país. El efecto de las inmediaciones de Turin es hermoso, pero se resiente de la proximidad á la Galia, pu-